

que podrá decirse á lo sumo, en favor de *Mariana*, que está bien hecha, mejor hecha que otras obras anteriores de Echegaray, pero es necesario convenir en que le falta la belleza grande de *En el puño de la espada*, *La muerte en los labios*, *O locura ó santidad*, etc. Tal es, en resumen, la opinión que Villegas explana y defiende con sutileza y vigor.

Su primera afirmación la declaro exactísima. Concedo que Echegaray, para escribir *Mariana*, tuvo muy presentes las condiciones y grados de capacidad de los actores que habían de representarla; y, á la verdad, proponiéndose que fuese representada, yo no sé cómo prescindir de tal cálculo. Entiendo que en cualquier tiempo y lugar los autores dramáticos, al idear una obra, se ven en la estricta necesidad de pensar si en su nación y en su época hay quien alcance á interpretarla. Así Lope,—citado por Villegas,— como el mismísimo Shakespeare, de fijo que sufrían, voluntaria ó involuntariamente, la presión

de esa idea de relación y conveniencia: no ser influido por ella valdría tanto como hacer caso omiso de la realidad. Si Shakespeare renace hoy en tierra española, no crea el tipo de *Lady Macbeth*. ¿Dónde está la gran trágica que había de encarnarlo? ¿Y le ocurriría á Shakespeare, tan activo, tan comunicativo, escribir un drama para guardarlo en un cofre?

Ahora bien: si los dramas de Echegaray anteriores á *Mariana* son superiores en inspiración artística, no sería por culpa del cálculo relativo á las facultades de los actores, pues, á no dudarlo, el cálculo no es de hoy, sino de toda la vida, como se adelanta á reconocer Villegas, declarando que *En el seno de la muerte* fué un drama cortado á la medida de Rafael Calvo, y hecho de molde para que se luciese el fogoso é ilustre representante. Y otro tanto pasaba, es lo cierto, con las demás obras del teatro de Echegaray. Cuando asistí al estreno de *La muerte en los labios*, era opinión unánime que el drama se había escrito para Antonio Vico

expresamente. Una cosa muy análoga se creyó de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega, tragedia á mi juicio admirable, creada para Julián Romea, y—véase cómo los cálculos pueden marrar—mal recibida porque Julián Romea no acertó á interpretarla á gusto del público. De *El zapatero y el rey* también he oído á cómicos viejos que se hizo para Carlos Latorre. Ni puede ser de otro modo, ó yo me equivoco lastimosamente respecto á ciertas condiciones invariables, fatales, de la literatura dramática.

Añadiré que, en mi concepto, esta sujeción forzosa del autor dramático á un elemento externo con el cual tiene que contar, no le quita mérito, sino que se lo aumenta. Muchos y muy buenos dramas se le vendrían á la imaginación á Echegaray,—fecundo y genial como es—si pudiese tener la seguridad de que esos dramas en embrión, al llegar á su desarrollo, encontrarían intérpretes adecuados. Hay situaciones, hay tipos, hay hasta edades de la vida, que Echegaray no puede lle-

var á la escena, por falta de actores. ¿Dónde está aquí, no ya la gran trágica, sino la gran característica, la María Laurent, la Emilia das Neves, lo único que debió ser Matilde Díez cuando, ya sexagenaria, se veía obligada á representar papeles de inocente colegialita? Sujeto y cohibido por la pícara circunstancia de no haber aquí más cera que la que arde, Echegaray necesita doble talento, doble ingenio, doble estudio, para variar y enriquecer su repertorio y producir bellezas como *Mariana*, con la escasísima baraja de actores que juntaríamos si, por asombroso milagro, se reuniesen en pacífica asociación todos cuantos con alguna justicia fueron y son aplaudidos en los teatros de la corte.

No obstante, si reconozco que Echegaray, al escribir comedia ó drama, piensa en las condiciones de los actores, niego que sólo eso le preocupe, y que no pesen mucho en su voluntad previsiones de otra índole,—que también apruebo.—Estas previsiones, estos cálculos versan, sin

duda alguna, sobre las corrientes del gusto, la evolución y transformación del teatro, las influencias y lecciones de dentro y de fuera, lo que hay en ellas de atendible, lo que ya ha caducado, las justas exigencias que se derivan de los presentes *estados de alma* de nuestro siglo... y otros mil aspectos filosóficos y críticos del problema escénico, ya relativos al fondo, ya á la forma, aspectos que Echegaray está considerando muy despacito de algún tiempo acá, y que no debe perder nunca de vista (insisto en ello) si quiere mantenerse artísticamente joven. Supongamos á Echegaray escribiendo hace tres lustros un drama para actores equivalentes en condiciones y facultades á María Guerrero, Mario, Thuilier, Cepillo, etc., etc. Apostaría doble contra sencillo á que ese drama se diferenciaba del de hoy *toto cælo*.

Tampoco creo que se deba regatear á *Mariana* la aprobación y el elogio, fundándose en que no plantea ni desarrolla ningún pensamiento capital. Declaró que

para mí es muy peliaguda la definición de lo que se ha de entender por pensamiento capital. Allá, en mi fuero interno estético, divido las obras de arte en dos secciones: en la primera comprendo las *colectivas*, donde juegan ideas que pueden ser de interés para mucha gente (no digo para toda la humanidad, porque la humanidad es tan varia y los chinos se nos parecen tan poco!), y en la segunda entran las *individuales*; sería perogrullada explicar este nombre. Ambas clases de obras de arte las admito y las pongo indistintamente sobre mi cabeza, si me deleitan y me conmueven. Concediendo que *Mariana* no es obra *colectiva*, sino *individual*, no por eso la estimo un ápice menos.

Es evidente, y aquí también estoy de acuerdo con Villegas, que el teatro no se presta á análisis, si por análisis entendemos sólo el procedimiento aratorio de Zola, ó las matemáticas sublimes de Stendhal, ó la manera rigurosamente anatómica de Flaubert. El teatro, en el mismo análisis, pide gran rapidez; una escena

debe darnos á conocer un alma. En *Mariana* se cumple esta ley. La confesión de Mariana al viejo amigo y protector nos da la clave de aquel ulcerado espíritu. En momentos que por la hermosura y maestría del diálogo le parecen al espectador doblemente cortos, se justifica todo el desarrollo de la acción pasional, todo el oleaje de sentimientos que combate á la heroína. La confesión de Mariana explica sus rarezas, sus coqueteos, su aparente insensibilidad y dureza en el incidente del baile de máscaras, su resolución al final del tercer acto; es un análisis-síntesis, es ese instante significativo en que un alma se revela, abriéndose, como corola de flor, para dejar ver el gusano que la roe.

El repertorio está lleno de dramas reconocidamente hermosos, en que no se plantea ni se desenvuelve ninguna idea de general interés, sino sólo el problema de un individuo, el conflicto de una vida, el poema de un egoísmo, digámoslo así. Obras líricas, pueden á la hora menos pensada —en la actual disgregación, en la

libertad anárquica de que disfruta la moral moderna, lanzada en plena crisis—ser épicas, como puede ser épica hoy la literatura: interpretando los sentimientos de un grupo de almas. En el teatro francés actual pululan esos tipos de mujer que expresan una concepción relativa del mundo, visto á través de una serie de fenómenos del sentimiento, sin elevarse á ideas generales y sociales (como las de las heroínas de Ibsen, que todas tienen algo de innovadoras y redentoras). Desde el punto de vista del arte, aquéllas y éstas me parecen legítimas. Quizá unas y otras representan bien el estado de conciencia de sus respectivas naciones.

Ya veo que á Villegas no le ha convenido el carácter, ó sea lo que yo llamo individualidad, de Mariana, porque cree que peca de extravagante é ilógico, y no puede comprender que Mariana se pase sus mocedades estudiándose á sí misma, y “contándole á su novio, y á su protector, y al público,” cuantas evoluciones y fenómenos se verifican en su espíritu: Yo

espero que el Sr. Villegas no llevará á mal la afirmación de que conozco mejor que él el peculiar modo de ser femenino; y le aseguro que las mujeres—las mujeres dotadas de sensibilidad, de inteligencia, de voluntad—son unas incansables *autopsicólogas*, porque como las instituciones y la organización de la sociedad las cierran infinitos caminos donde el varón despliega su actividad y su energía, ellas se ven obligadas á reconcentrarse en la vida afectiva y sentimental, y aplican al estudio y recuerdo de los incidentes de esta vida toda la suma de sus facultades, toda su memoria y todo su pensamiento. La mujer, hoy por hoy, es una *reclusa moral* (aunque frecuente la sociedad y lo que se llama *mundo*); la mujer vive encerrada en su propio corazón, y así se explican las interminables confidencias, las larguísimas cartas, las meditaciones, el culto de los recuerdos y hasta la afición al Sacramento de la penitencia, que demuestra la mujer. Uno de sus mayores goces, en el amor, es el de espontanearse, de con-

fiar sus secretillos del alma. ¿Cómo negar el dictado de verdadero al tipo de Mariana, que cruza el frívolo remolino social con ansia de hablar de sí propia, sin tasa ni medida, á alguien que la ame y la comprenda? Refiere con fruición las evoluciones y fenómenos de su espíritu á su novio, ¡claro!, y á su protector, ¡naturalmente!—porque al público, ni se las refiere, ni deja de referírselas.

Hallo también lógica en el carácter de Mariana, dados los antecedentes de su niñez. No puede negarse el efecto profundo y decisivo de estas primeras impresiones. Mariana discurre erróneamente al creer que todos los hombres son unos perversos porque lo fueron los tres que más influyeron en la historia de su juventud; pero como Mariana discurren casi todas las mujeres y buen número de hombres, iba á decir la inmensa mayoría. Es obra del instinto, y como del instinto, obra indestructible. Nos despide en el picadero un caballo blanco, y cobramos invencible horror á los caballos blancos; compramos

un billete de lotería en determinada administración, sale premiado el billete, y ya seguimos tomando siempre los billetes allí. Viniendo á manifestaciones más hondas del mismo fenómeno, observamos diariamente que el hombre engañado por una mujer se vuelve escéptico y duda de la virtud de todas, mientras el que se cree seguro de la fidelidad propende á pensar bien. Tampoco por este lado hay nada que decir contra la verosimilitud del carácter de Mariana. Su experiencia es fruto precoz y amargo de su desilusión.

Es cierto que, como dice el crítico de *La España Moderna*, Mariana no ama como las Julietas, las Melibeas, las Ofelias y las Margaritas; mas de ahí no se deduce que no pueda interesarnos su amor. En el amor, como en todo sentimiento cardinal, hay variada y riquísima escala de matices, capaces de interesar en el arte, si con arte se presentan. Entre las mismas heroínas que Villegas nombra, veo yo diferencia grandísima. El amor de Ofelia es tan casto y virginal,

como sanguíneo y fisiológico el de Julietta; Melibea se parece á esta última; Margarita ya no se parece á ninguna de las tres; es la enamorada de imaginación más que de sangre, la soñadora, la embrujada. El teclado es amplio, los registros variadísimos: sería amenguar nuestro tesoro el suprimir alguno. Por el arte puede conovernos lo mismo la torva Medea que la angelical Ofelia.—Pero noto que esta defensa de Mariana lleva trazas de no acabar nunca, y voy á parar en firme, pues creo haber respondido á los ataques más recios que dirige á la nueva obra de Echegaray persona tan merecedora de que se tomen en cuenta sus opiniones como el perspicaz y reposado Zeda.

No he ocultado los que juzgo defectos de *Mariana*: lo mal fundado del desenlace y el mal efecto que produce la figura ó figurón del general que se pasa la vida cazando esposas; pero por esos defectos parciales no he de escatimar las alabanzas que merece el conjunto. En *Mariana* veo

yo todas las riquísimas facultades de Eche-
garay, sólo que en vez de precipitarse
como desatado torrente, corren casi siem-
pre por el cauce de la moderación, la de-
licadeza y el buen gusto. Diálogos finos,
matizados y vibrantes; situaciones que
mantienen despierto, palpitando, el in-
terés del espectador; pasión, gracia,
cultura; mil y mil cualidades preciosas,
demostradas en una ficción dramática
que, durante tres actos, se mantiene en la
esfera de la realidad y de la naturalidad
más exquisita, producto del arte refinado;
esto es lo que ensalzo en *Mariana* y lo
que me obliga á decir que, no sólo por lo
que vale, sino por lo que demuestra, hay
que saludarla y declararla joya de nues-
escena, sazonado fruto de un ingenio fuer-
te y flexible como el acero.

Del desempeño sólo he de decir que me
adhiero á los unánimes elogios de la pre-
sa. Para María Guerrero ha sido *Maria-
na* uno de esos exámenes de grado en que
se va de lo arduo á lo difícilísimo y se gana
nota y diploma. Todos los matices de la

sensibilidad femenil—la ligereza, la co-
quetería festiva y la agresiva, la emoción,
la ternura, el rencor, la vergüenza, la
cólera, la embriaguez de la dicha, el pa-
roxismo del dolor, la altivez, la digni-
dad, el disimulo... se encuentran en el di-
fícil papel que á maravilla domina y hace
suyo la joven y eminente comedianta. Lo
de menos es su gentileza y sus atavíos,
tan descritos y ensalzados por los diarios.
Cuando se consigue llegar al alma del es-
pectador, olvidanse los trapos, y sólo que-
da lo esencial y puro de una creación. No
censuro, al contrario, el cuidado de *ves-
tir bien* un papel: sólo indico que María
Guerrero luce en *Mariana* galas de ma-
yor valía que su traje Imperio *azul tur-
quesa y amarillo limón*, prendido con
hebillas de vieja pedrería auténtica.

El respetable público, sin meterse en
honduras, ha dado el exequátur á *Maria-
na*. La hermosa tragicomedia llega ya á
las veintitantas representaciones, — cifra
muy respetable en los tiempos que corre-
mos y con el humor que gasta el señor

auditorio,—y no disminuyen los llenos, ni se oyen más que alabanzas de la obra. Ojalá que ésta fuese arco iris de paz, emblema de alianza entre el público madrileño y la literatura dramática seria.



LA SUBIDA DE LOS LIBERALES

«Buena parte del poder y la eficacia que tiene un gobierno para procurar y afianzar la felicidad pública, consiste en la opinión general que hay formada respecto á ese gobierno.»

FRANKLIN.

HAN venido con regocijo general, con alza de la Bolsa, con aplauso estruendoso de la prensa. En varios poblachones se han disparado cohetes, las bombas “de palenque,” han rasgado el aire, y las músicas, recorrido las calles rompiendo el tímpano al pacífico vecindario.

¡Cómo me asustaría, si yo fuese jefe de partido, entrar así, rodeado de tal aureola, despertando tales esperanzas, en ocasión tan crítica como la presente! ¡Y qué grave responsabilidad la que crea y en-